# Laura y el bicentenario

Acompañamiento número 37. Laura. Lunes 11 de julio del 2016. Comienza la nueva semana después de los festejos por el bicentenario. El presidente de Argentina invita al rey de España a hacerse presente en los festejos por el cumplimiento de los doscientos años de independencia de la corona española en 1816. En las redes sociales y medios de comunicación se debate intensamente sobre la independencia. Si fueron o no doscientos años de independencia. Si es posible hablar de independencia, con o sin rey de España. Se debate sobre la hipocresía. Suena a "reconciliación" y "reconciliación" es una palabra difícil en un país como el nuestro, marcado por dictaduras y represiones. Hablando de independencia nos encontramos con Laura en el monumento a Agustín Tosco. Punto de encuentro para reconocernos, mirarnos, sospecharnos, preguntarnos y hablar. Acompañarse, intercambiarse información, aprender, compartir.

Laura tiene 35 años y es católica. Cuando terminamos de explicar el uso seguro del misoprostol vuelve a preguntar si la medicación es segura. Cuenta que tiene miedo. Teme que el tratamiento la deje varada en el hospital Misericordia durante tres meses, internada hasta que le hagan un legrado. Su temor no nace de cualquier lado. Refiere a la historia de su sobrina, quien se practica tiempo atrás un aborto bajo tutela de "una tarotista que tira las cartas", quien le da "cinco pedazos de pastillas para que se meta". La hemorragia la lleva, a su sobrina, al hospital Misericordia. Jura no haberse hecho nada. Lxsmédicxs insisten. Ella, confiesa. Se hizo un aborto. La dejan internada durante tres meses hasta que le hacen un legrado. Laura insiste, "¿es segura la medicación?". Repite como al pasar y sin mucho énfasis que lo que le hicieron a su sobrina en el hospital fue una tortura. No como quien cita la Declaración de Derechos Humanos, ni los Tratados contra las Penas Crueles o Inhumanas. Lo menciona. Menciona la tortura como menciona que no tiene trabajo, ni obra social, ni secundario completo. Tortura.

Ya sobre el final del encuentro, su voz empieza a quebrarse de a poquito y los ojos se inundan. "Yo nunca le haría esto a nadie", afirma, sentadas las dos sobre el escalón de una plaza en donde se erige, en lo alto, un monumento a Dalmacio Vélez Sársfield, autor del Código Civil argentino. "Yo nunca hubiera hecho esto, nunca le diría a nadie que lo haga". Mientras se derrama una gota de lágrima de uno de sus ojos, sin llegar a cerrar el párpado, explica que la educación que recibió toda su vida no era así. Que no le habían enseñado que haga eso. Que luchaba adentro suyo porque ella no estaba de acuerdo consigo misma. No estaba de acuerdo con lo que hacía ni nunca lo había estado.

Pensé en los festejos del bicentenario. "Deberían tener angustia de tomar la decisión, mi querido rey, de separarse de España", me resonaba en la cabeza. "Deberían tener angustia de tomar la decisión", me resuena como si Macri pudiera hablarle a todas las mujeres en los festejos del día de la independencia. "Deberían tener angustia" -claman al unísono el Código Civil, el Código Penal, los gobiernos, los próceres- "de tomar la decisión" de independizarse, de auto-gobernarse.

Horas más tarde emprendí el camino para volver a casa. Contra la pared del Patio Olmos cuatro policías tanteaban sobre los cuerpos, de espalda y a la fuerza, de dos chicos y una chica. Andarían paseando donde no les correspondía. Al lado de los tres cuerpos de espaldas a la fuerza, un hijo chiquitito se sentaba hecho un bollito al lado de alguno de sus padre, madre, hermanx. Hecho un bollito se tapaba la cara entre las manos y con la cabeza reposando en sus rodillitas chiquitas, mientras los cuatro policías mantenían de espaldas a sus padre o madre o hermanx. Lo llamativo es que casi no parecía la pose de un niño que se esconde, parecía la pose de quien sufre durante décadas la humillación, el despojo, la vergüenza, el maltrato, el miedo. Frente a Agustín Tosco, aunque de espaldas, los tres cuerpos de estas tres personas abrazaban, a la fuerza, la pared del Patio Olmos mientras cuatro policías, de espaldas, también, a Agustín Tosco, no les permitían seguir caminando. Pensé en las dictaduras, y en las represiones. En los 30.000 desaparecidxs, y en lxs más de 4.500 asesinadxs por las fuerzas del estado en estos últimos 33 años de democracia. Pensé en la edad de Cristo, 33, cuando lo crucificaron, y en los 33 años de democracia que ya llevan más de 2.500 mujeres muertas por abortar.

La lágrima que un rato antes se había desplazado por la mejilla de Laura brotaba también de mi párpado, abierto, frente a la impotencia y a la bronca.

La independencia será anticolonialista, anticapitalista, antiracista y feminista, o no será.

***Julieta,*** *Socorro Rosa Córdoba*
*Córdoba, 11 de julio del 2016*





# Relatos de Feministas Socorristas Aborteras

***Socorristas en Red:*** *Somos activistas feministas que acompañamos a mujeres que deciden abortar.*

**2 Octubre 2017**

Cuando una mujer toma la decisión de abortar, cuando esa íntima voluntad está clara, nada la va a hacer cambiar de opinión.
Ni siquiera la ilegalidad que es una manera de aislarnos, de atemorizarnos, de poner en riesgo nuestras vidas.
Pero el aborto con medicamentos es una práctica segura cuando sabes cómo hacerlo y no estás sola.
Las Socorristas en Red (feministas que abortamos)lo sabemos y por eso nos organizamos, lo aprendimos de las mujeres que nos inspiraron y de la experiencia acumulada desde 2012, cuando nos fundamos para acompañar a otras en el momento delicado de abortar, para ofrecer escucha, información segura y vínculos con consultorios amigables.
Para ofrecer cobijo contra la intemperie que significa que la ley patriarcal diga que no podemos decidir sobre nuestros cuerpos.
Somos alrededor de doscientas feministas de diversas edades, la mayoría muy jóvenes que activamos en distintas geografías de nuestro país, desde la Patagonia hasta el Norte, en Cuyo, en el Centro, en la Mesopotamia.
Nuestros saberes surgen del diálogo y la acción entre generaciones, de cada aborto que acompañamos, de valorar la particularidad de la experiencia singular y de la potencia que significa ponerlas en común: acompañar es estar acompañada.

Nos llamamos Socorristas porque nos reconocemos en los Socorros Rosas que ofrecieron las feministas en Italia, y de servicios de aborto que se brindaron en Estados Unidos y en Francia, en las décadas del 60 y el 70.
Tejemos una red que se anuda entre todes, con hilos de cuidados feministas, entre el acompañamiento y lo que comparten las miles de mujeres que año a año atraviesan la experiencia de abortar sabiendo que no están solas.
Hay cuarenta y dos grupos de Socorristas en Argentina. Y más allá de las fronteras, a lo largo de América Latina y el Caribe, tendemos lazos con otras feministas comprometidas en la misma tarea. Todos los números y formas de contacto están en nuestra página web; podés llamar, te vamos a atender: www.socorristasenred.org
Porque así ponemos en práctica el feminismo: transformando la vida concreta de quienes necesitan abortar ahora mismo y reclamando aborto despenalizado, legal, libre y feminista.
Abortar es un duelo pero también un acto de libertad. El socorrismo te sostiene en tu decisión.
¡No estamos solas, nos tenemos entre nosotras!

*Argentina – Octubre 2017*

**Esta publicación es posible por el aporte de Fondo Global de Mujeres**

**Socorristas en Red**
*(feministas que abortamos)*
**www.socorristasenred.org**

## Escribir es aprender a escuchar

Este verano me sorprendió con variados desvelos. Las noches despejadas aparecen siempre curiosas. *Escribir es aprender a escuchar*, palabras reveladas de alguien que recuerda a Rodolfo Walsh, el día de su nacimiento. Aparecen con la impronta de lo ineludible. Se me repiten. Las retengo. Quiero que se queden en mí, como tatuadas en los ojos, como un tamiz desde el cual mirar.

Los socorros están poblados, el aborto no se toma vacaciones. Somos una ronda grande, once mujeres reunidas por el deseo y la necesidad. Entendí esa mañana por qué Belén siempre tiene tantas historias para contarnos. **Escribir es aprender a escuchar**, me vuelve a decir Walsh, mientras las mujeres hablan hilvanadas por sus preguntas.

Malena tiene 31 años y cinco hijxs. Vive en una zona no urbana, cerca de Cutral Có y trabaja limpiando casas. Nos cuenta que la vida que gesta es de su ex marido, del que se "está separando". Se casó con él a los 16 años, bajo la presión de su madre. Y 16 años tiene su hija, su única compañera en la decisión de abortar. Le dice que lo haga, que hay una vida esperando para ella. Me pregunto entonces ¿Cuánta vida somos capaces de gestar después de la muerte? ¿Cuánto podremos madres e hijas tejer para dejar de ser cómplices de la opresión patriarcal y sabernos más libres?

Malena traía palabras para mí. Belén ayudó a desatarlas durante el verano. Hoy las junto mientras se desparraman las hojas de otoño. Me resultan urgentes.

***Guille Peralta,***
*Colectiva Feminista La Revuelta*
*Neuquén, verano de 2016.*



## Alivio

Hace poco más de un mes que estuve en la casa de Eloisa. La recuerdo a ella con cierto olor a tristeza, con cierto aroma a pan tostado. Fue así que me recibió el mediodía que llegué a su casa. Una mesa de desayuno, pan tostado, manteca, queso, mermelada de durazno y un pote casi vacío de dulce de leche. Una pava eléctrica cargada de agua y unos mates en sus últimos suspiros.

Eloisa me contó que recién se había ido su amiga. Que su hermano, con el que vivía, había llevado a su hijo a la escuela, y que pronto estaría de vuelta. Tanto su amiga como su hermano sabían que yo llegaría y que estaría allí buena tarde de ese día, de su día, de mi día.

Eloisa fue uno de mis últimos acompañamientos in-situ. Ella alquila una pequeña habitación de dos ambientes. No tiene calefacción y tiene una ventana muy chiquita que da a la calle. El baño es frío, la humedad se hace notar en las paredes, no hay luz, no hay ventana y la canilla de la ducha gotea tanto que llena un balde en apenas un rato. El baño es tan frío, tan chiquito y tan oscuro que al entrar me sentí como Ricitos de Oro en la camita del osito pequeño.

Salí de la escuela y me fui a su casa. Cuando llegué, me saqué el guardapolvo y lo puse adentro de mi mochila. Conversamos sobre lo que pasaría cuando comenzara a usar la medicación y lo que puede ir sintiendo.

Mientras tenía el segundo paso debajo de la lengua, Eloisa me preguntó *¿Pasa algo si soy consumidora?* Yo no entendía muy bien su pregunta, entonces repregunté *"¿Consumidora? Emmmm, ¿consumidora de qué?"* Bueno, no sé cómo le decís vos; pero bueno, pasta… cocaína; ante su respuesta, empezaron a aflorar todos mis prejuicios convertidos en miedos que salían hechos agua por la palma de mis manos. Miedo, empecé a tener miedo. Nunca me había pasado hasta acá; pero sentía cómo mis palabras se trabaron en la punta de mi lengua. Sentía que empezaba el tartamudeo que suelo tener cuando algo me produce miedo.

Eloisa me miró con ojos grandes, quizás esperando una respuesta más rápida o quizás imaginando que su mundo poco tenía que ver con el mío. *Consumo cocaína. Mi papá vende y entonces a veces consumo con él. Con mi hermano. Con mi amiga. Quedate tranquila, hoy no consumí, sabía que venías vos y que teníamos esto. Pero bueno, por las dudas te preguntaba.* Yo seguía sintiendo miedo, aunque la charla siguió su curso de manera tranquila. Eloisa olió mi miedo y trató de calmarlo. Y adelantó: *ahora en un ratito ya llega mi hermano Damián y le digo que te cebe mates.* Yo imaginaba, ¿Cómo sería? ¿En qué estado llegaría? No podía dejar de recordar a mi hermano en sus peores momentos de consumo. El olor, los ojos, la ira, la dependencia, la abstinencia, el odio, el amor, el desconsuelo… ¿Cómo sería Damián? ¿Cómo? Mientras ocurría esto, mandaba mensajes a dos compañeras socorristas. Me pareció oportuno compartir el miedo que sentía.

Acompañaba el aborto de Eloisa. Y Eloisa, acompañaba varios abortos en mí ese día. Supe del desafío que venía… ¿Qué haría con ese desierto lleno de prejuicios en los que estaba subsumida? Ella también tenía miedo. Era otro miedo.

Llegó Damián. Mi corazón se ocupó de decírmelo. Una taquicardia que pocas veces una siente. Unas pulsaciones distintas a la de estar con la persona enamorada. Damián no se parecía en nada físicamente a su hermana. Aunque sí, hablaba tanto o más que ella. Enseguida preparó mates y empezamos a charlar. Me contó que estaba estudiando la secundaria, que la había tenido que dejar dos veces porque necesitaba trabajar y que ahora estaba muy contento con sus estudios y que desea seguir una tecnicatura que le dará muchas oportunidades laborales. Supe que la tarde se amenizaba con su charla y que todo lo que sucedía en esas cuatro paredes, lejos estaba de mis peores miedos.

"Yo soy maestra" me atreví a contarle… él me miró, sacó sus carpetas de color negro y me las mostró. Tan prolijo. Tan ordenado. Usaba lapiceras de colores y no escribía en el borde de las hojas. Me habló de sus compañeras mujeres. Del centro de estudiantes. De sus deseos y enfrentamientos con algunos docentes que quieren sacarles derechos. De su militancia partidaria y me muestra, muy contento, su tatuaje del brazo izquierdo: *no fué magia.* Así, con tilde en la e.

Me contó, también, que tenía tarea de lengua y puso sobre la mesa, los cuentos que trabajan en literatura. Así, el aire se llenaba de Julio Cortázar y Silvia Schujer. De "Continuidad de los parques" a "Instantáneas"*Está contento. Se le nota en las rodillas: por su modo de flexionarlas daría la impresión de que va a dar saltos en lugar de caminar,* dice el cuento de Silvia Schujer

¿Cuánto de esas historias hay en cada socorro? ¿Cuánta historia circular nos circula? Cada miedo, los chiquitos y los grandes, los oscuros y los claros, hasta los miedos amables se fueron cayendo.

Mientras yo escribía mis anotaciones de ese día, Eloisaestaba acostada muy cerca de la mesa. Le dolía mucho ese aborto y se encargaba de decirlo. Cada tanto se metía en la conversación que sosteníamos con Damián y agregaba comentarios vinculados al odio que le tenía a su madre. Ella daba su opinión y luego se quedaba dormida. Y Damián me daba su punto de vista: *Yo la comprendo a mamá. Ella nos abandonó pero recuerdo una vez a mi papá pegándole a mi mamá con una tabla con clavos. Ella toda llena de sangre y haciéndome un gesto con su mano para que yo no hable. Todos dormían, menos yo. Por eso la entiendo. Ella se fue para sobrevivir; sino, ahora, sería un femicidio más.*

A Eloisa y a Damián les había tocado vivir una infancia muy compleja, difícil, vulnerada, violentada… Habían aprendido a sobrevivir buscando estrategias para almorzar y merendar. Para dormir calentitxs. Para que no los separen. Para defenderse del padre violento. Habían aprendido de la vida en la calle. Sabían que la tristeza puede ser oscura y fría como una noche de invierno y que para salirse de eso, bastaba con estar juntxs.

Después del paso tres, Eloisa abortó. Abortamos juntas en el baño. Con la puerta entreabierta para que entrase un poco de luz, un poco de calor. Yo me agaché delante de ella. Sentía frío y humedad; recordé la gotera de la ducha. Caía justo en el medio de mi espalda. Me calaba hondo y no importaba porque en definitiva, sentía la profundidad del frío porque ya no cargaba la mochila pesada sobre mi espalda. La tarde de conversación me había aliviado. Estaba bien sentir el agua. Estaba bien sentir así y no seguir cargando en la espalda todo lo que tenía antes de ese aborto.

***Belén Grosso,*** *Colectiva Feminista La Revuelta*
*Neuquén, 2 de julio de 2017.*